



LA INMIGRACIÓN ECUATORIANA

VISTA POR UN INMIGRANTE QUE SALIÓ DE SU TIERRA HACE 12 AÑOS



El sueño por una vida mejor, el consiguiente endeudamiento para conseguirlo, llegar a un país desconocido, compartir un apartamento con otros inmigrantes, encontrar un trabajo y empezar una vida diferente sin olvidar a los que se dejaron atrás...., esta es la historia de miles de personas que un día decidieron inmigrar.

Como es el caso de muchos, yo era un estudiante de psicología en la Universidad Central del Ecuador en Quito. Cursaba el tercer año cuando el fenómeno migratorio cada vez se hacía notar más y más, las oportunidades de trabajo eran día a día peores y más precarias, la incertidumbre por un conflicto territorial con nuestro vecino peruano hacía que muchos como yo decidiéramos buscar nuevas alternativas y más aún cuando la inflación empezó a dispararse. Los rumores de que había que dolarizar el país y que un dólar costara 25.000 sucres hizo que todos los días subieran los precios de los artículos de primera necesidad, pues como en todas las familias de clase media y baja, era cada vez más dura.

En el año 1995 un gran amigo mío me aconsejó que viajara a España, él ya vivía en Madrid desde 1993 año en que dejó a su hija y esposa en Ecuador. Su situación no era alentadora pero podía sobrevivir, a veces mejor, y otras veces peor, pero acá, sí tenía la oportunidad de cumplir algún que otro sueño.

Es así que su esposa y yo decidimos embarcarnos en un viaje lleno de incertidumbre, más para ella que para mí, pues ella dejaba a su pequeña niña a cargo de sus abuelos con tan sólo dos años.

Cuando llegamos a España sabíamos a lo que veníamos, pues fuimos acogidos para ganarnos la vida en un grupo de música callejero, es decir, que de un día para otro pasamos de ser unos estudiantes protegidos en el seno familiar a músicos mendigos.

Tocábamos en las calles de muchas ciudades de España, viajábamos en una furgoneta que era nuestra casa rodante ya que estaba dividida en su interior en dos mitades, una de ellas destinada para guardar instrumentos musicales y equipaje, y otra parte superior donde se tendían unas colchonetas a lo ancho del furgón en las cuales dormíamos seis o a veces siete personas, todas de un solo lado.

Más adelante, yo como muchos, pasé a compartir un piso de 70 metros, con diez ecuatorianos más y que en los fines de semana podíamos llegar a juntarnos quince o más personas, ya que las empleadas del servicio doméstico tenían sus días de descanso. Y ya no quiero detallar las colas para ducharnos o hacer la comida, puesto que todos éramos unos desconocidos unidos simplemente por las circunstancias.

En la época de verano el grupo musical era contratado por los organizadores de ferias de artesanía, tocábamos en un escenario y vendíamos CDs y cintas de música andina para ganar algo más. Pronto llegaría el invierno, era imposible tocar en la calle con el temporal y algo había que hacer pues las deudas en Ecuador por el billete de avión, la presión de los bancos y la familia hipotecada requerían que buscáramos una solución. Es entonces que la alternativa de los músicos se convertía en tocar en los metros de igual mane-



ra que tantos se ganaban la vida en los autobuses en Quito o Guayaquil.

La vida en el metro de Madrid era muy dura, había músicos de todos los países y cada vez más ecuatorianos; teníamos que turnarnos para entrar en los vagones, lo hacíamos desde las ocho de la mañana, aún no se hacía de día, salíamos a comer algo en las cafeterías del metro o en alguna estación y vuelta a empezar hasta las nueve, cuando ya había caído la noche. Ésta era la manera de buscar un plato de comida diario, pagar el alquiler y las deudas, sirviéndonos de la voluntad de la gente.

Cabe indicar que desde mis primeros años aquí hasta hoy, he podido ver los diferentes cambios de la gente española en relación a los inmigrantes.

En mis primeros tiempos la gente con nosotros era muy agradable, muy amables e incluso había quienes te invitaban a comer y a dormir en sus casas tan sólo por conocer a una persona nueva con una cultura desconocida y atractiva para ellos.

Pero pasaron los años y la inmigración se desbordaba, la gente venía de todas las clases, el trabajo en España para los inmigrantes estaba en auge ya que muchos españoles no querían hacer ciertas actividades que para muchos de nosotros fueron grandes oportunidades como la construcción, el servicio doméstico y el campo. Por consiguiente ciertos grupos de la sociedad española y los políticos oportunistas, empezaron a sembrar el nerviosismo entre sus gentes, manifestando que los extranjeros éramos un peligro porque quitábamos trabajo a los españoles y que gran parte de la delincuencia actual era debido a los nuevos ocupantes.

Poco a poco la gente nos miraba de diferente manera, los gestos de cariño y ganas de conocer a una cultura nueva era sustituida por la desconfianza.

Mientras tanto, en mi caso los tres meses de visado de turista habían caducado ya hacía un año. Un abogado como a tantos me había estafado sembrando en mí expectativas de arreglar mis papeles de residencia con un contrato de trabajo que nunca se llegó a realizar, el estrés, la angustia y la continua huída de la policía migratoria hacían que la noche y el día fueran interminables.

Había conocido una pareja española y el afán por evitar mi regreso por una deportación hicieron que por medio del matrimonio consiguiera mis papeles. Decidí cambiar de trabajo y me integré en la economía sumergida, sin contrato en ferias ambulantes de artesanía que gracias a Dios estuvieron en el momento oportuno.

Pasaron casi cinco años, mi relación sentimental se había terminado sin hijos por medio, y con un juicio de divorcio que infortunadamente ante un fallo administrativo me dejó nuevamente ilegal.

Finalmente conocí a mi actual pareja nacida en Jaén, la capital mundial del aceite de oliva, ella fue la que me dio el amor, la estabilidad y el hogar que necesitaba. Tuvimos una niña, la más hermosa que nunca pensamos. Como es natural y gracias a Dios, cambié de trabajo, puesto que el ser feriante implicaba no ver a la familia largos periodos de tiempo, y fue de esta manera que conseguí un contrato de trabajo durante cinco años vendiendo accesorios y mobiliario de cocina lo que me ha permitido tener una legalidad estable. Ahora me siento uno más de esta sociedad, compar-



tiendo los mismos problemas que mis vecinos, desenvolviéndome en un gran grupo de amistades, muchos de los cuales son solidarios y admiradores del pueblo latinoamericano y de mi labor. Formo parte de otra familia que ya también es la mía, actualmente estamos inmensamente contentos esperando nuestro segundo hijo. Me dedico a la venta y distribución de mesas y sillas, viajo todos los días pero ahora muy cerca de mi hogar que siempre es mi refugio. Esperamos en un futuro cercano poder disfrutar también de mis padres y familia que hicieron muchos esfuerzos por dar a sus hijos un futuro mejor y poder de esta manera fortalecer los lazos entre esta nueva generación en donde corren las dos sangres, la española y la ecuatoriana.

Adolfo

adsoir1971@hotmail.com